

la hermosa luna y que se esconde en nuestros pechos, la atraía. ¡Vencido está el obstáculo que separa la primavera y el amor!

SIGELINDA.—Tú eres la primavera que yo anhelaba durante todo el invierno frío. A ti te saludó mi corazón, con ferviente entusiasmo, cuando por vez primera me animaste con tu mirada. Siempre me era desconocido todo lo que veía, triste cuanto me rodeaba. Pero á ti siempre te he conocido: mío eras desde que te vi; lo que escondido tenía en mi pecho, lo que yo soy, veo ahora claro como la luz del día; como música divina sonabas en mis oídos, cuando aun en triste tierra extraña veía vagar mi amor.

(Se abraza á su cuello en amoroso éxtasis, y le contempla acercándose á él).

SEGISMUNDO.—¡Oh dulce amor! ¡Mujer divina!

SIGELINDA.—Deja que me acerque á ti, que pueda contemplar el resplandor que de tus ojos y de tu semblante irradia y que con tanta fuerza me cautiva.

SEGISMUNDO.—A la luz de luna primaveral ondea tu hermosa cabellera, envolviéndote en ella; ya sé lo que tanto en ti me extasía: es mi propia mirada que se baña en amor.

SIGELINDA (le aparta los rizos de la frente y le admira arrobada).—Tu noble frente descubierta me seduce y encanta; tengo miedo á mi propio amor; me parece maravilla que te vea hoy por vez primera; ¿no te vieron ya mis ojos?

SEGISMUNDO.—También á mí me dice un sueño, que te vi en ardiente ansiedad.

SIGELINDA.—Yo vi en el arroyo mi propia imagen, y ahora la vuelvo á ver: como el reflejo del agua me la presentas tú ahora.

SEGISMUNDO.—Tú eres la imagen que siempre soñé.

SIGELINDA (apartando la mirada).—¡Oh, calla! Déjame escuchar esta voz: me parece que cuando

niña oí su sonido: pero no... la oí hace poco cuando resonó en el bosque el eco de la mía.

SEGISMUNDO.—¡No hay sonido más grato que el de la voz que escucho!

SIGELINDA (volviendo á fijar en los ojos de Segismundo los suyos).—El fuego de tus ojos me iluminó ya otra vez: así me contemplaba, saludándome, el anciano que me dirigió su consoladora mirada. En ella, en su osadía le conoció su hija; ya quería llamarle con su nombre... (Interrumpiéndose, sigue en voz más baja.) ¿De veras te llamas Wehwalt?

SEGISMUNDO.—Desde que me amas dejé de llamarme así; ¡ahora domino las delicias del amor!

SIGELINDA.—¿Y no puedes llamarte Friedmund?

SEGISMUNDO.—Llámame tú como quieras. Llevaré el nombre que me des.

SIGELINDA.—¿No llamaste Lobo á tu padre?

SEGISMUNDO.—¡Era un lobo para zorras cobardes! Pero aquel en cuyos ojos brillaba el fuego como en los tuyos brilla, se llamaba Welsa.

SIGELINDA (fuera de sí).—Welsa era tu padre y tú eres un welsa; para ti hundió en el tronco del fresno la espada; deja pues que te llame como te quiero: ¡Segismundo!... así te llamo yo.

SEGISMUNDO (se lanza al tronco del árbol y coge el puño de la espada).—Segismundo me llamo y Segismundo soy: ¡sea de ello testigo esta espada que empuña mi mano! ¡Welsa me dijo que la encontraría, en la mayor necesidad: pues bien, ya la tengo! El amor sagrado me pone en peligro; amor anhelante, la necesita; amor arde en mi pecho y me impele á la lucha y á la muerte. ¡Nothung! ¡así te llamo, espada! ¡Nothung! ¡Nothung, acero envidiado, enséñame el filo de tu escondida hoja, sal de la vaina! (Arranca de un fuerte tirón la espada del tronco y la enseña á la admirada Sigelinda.) A Segismundo el Welsa estás viendo,

hermosa. Te trae esta espada como regalo de novio; así se desposará con la mujer más ideal; así la arrancará al enemigo. Síguele, pues, lejos de aquí; vente con él á donde habita la hermosa primavera; allí te protegerá Nothung, la espada cuando amándote perezca Segismundo.

SIGELINDA (en el paroxismo del amor).—Tú eres Segismundo, sí; yo soy Sigelinda, que te esperaba ansiosa; ¡á tu propia hermana ganaste, junto con tu espada!

SEGISMUNDO.—Esposa y hermana eres para tu hermano. ¡Surja pues de nosotros la sangre de los Welsas!

(La atrae con irresistible ardor; ella, dando un grito, se echa en sus brazos.—Telón rápido).



ACTO II

Rocas abruptas.—Desde el fondo sube, yendo á parar á unas rocas elevadas, un desfiladero, desde el cual el escenario desciende hasta el primer término en suave declive.—Wotan, en traje de guerrero y con la lanza: delante de él Brunilda, como walkiria, también armada completamente.

ESCENA PRIMERA

WOTAN.—¡Prepara tu caballo, joven guerrera! Pronto estallará sangriento combate; recuérdalo, Brunilda: prometiste al welsa la victoria. Declárese Hunding por quien quiera; á mí no me conviene para el Walhalla. Date, pues, prisa en partir al lugar del combate.

BRUNILDA (gritando y saltando de roca en roca en la altura, á la derecha del escenario).—¡Ea! ¡Hola! (Llegada á la cumbre de un peñón se pára, mira hacia el desfiladero del fondo y dice á Wotan.) Oye mi consejo, padre; disponte tú mismo á combatir; tendrás que sostener un duro ataque; se acerca Fricka, tu mujer, en un carro tirado por chivos. ¡Ah! ¡cómo restalla su látigo de oro! los

pobres animales tiemblan de miedo; va á escape; enfurecida se lanza al combate. No me gusta mezclarme en esta clase de refriegas; prefiero el valeroso combatir de hombres esforzados; por lo tanto, cuida tú de rechazar el ataque; te dejo solo. (Ha desaparecido detrás de los picos de las rocas mientras sale del desfiladero Fricka, en un carro tirado por dos chivos; allí se apea y se dirige luego precipitadamente hacia Wotan).

WOTAN (viéndola llegar).—Siempre las mismas tempestades, siempre el mismo trabajo. ¡Pero lo que es ahora, no me vencerá!

FRICKA.—Ando en tu busca recorriendo las montañas. ¿Dónde te escondes huyendo de tu mujer? Es preciso que me ayudes.

WOTAN.—¿De qué se trata?

FRICKA.—Oí las penas de Hunding clamando venganza: la protectora de la unión conyugal, le escuchó y prometió castigar duramente á los que con tal descaro ofendieron al esposo.

WOTAN.—¿Qué crimen cometieron si amándose los unió la primavera? Encantóles la magia del amor; ¿quién ha de expiar su fuerza?

FRICKA.—¡Cuán torpe y sordo á la razón te finges! ¡Como si en verdad no supieses que vengo á clamar venganza á favor del ofendido por los que rompieron el juramento sagrado de fidelidad á la unión!

WOTAN.—No tengo por sagrado el juramento que une á dos que no se aman. Y en verdad que no deberías quererme obligar á sostener por fuerza lo que no te importa.

FRICKA.—Pues consideras digno de alabanza romper el juramento, sigue haciendo de ello ostentación y preconiza como cosa sublime que nazcan vástagos de vergüenza de la unión de dos gemelos. A mí se me estremece el corazón y se ofusca mi entendimiento al pensar que una hermana

abraze como esposo á su hermano. ¿Cuándo se vió que dos hermanos se amasen?

WOTAN.—Hoy lo has visto: apréndelo pues aunque antes no haya sucedido. Que los dos se aman, bien lo ves; oye mi razonable consejo: ¡si quieres que tu bendición te sea propicia, aprueba cariñosa la unión de Segismundo y Sigelinda!

FRICKA (fuera de sí).—¿Se acabaron por ventura los dioses eternos desde que engendraste los welsas salvajes? Claro lo he dicho, ¿lo adiviné? Nada te importa el origen sagrado de los dioses; así pisoteas todo lo que en un tiempo respetaste; rompes los lazos que uniste; burlándote deshaces lo que hizo el cielo; ¡que puedan á su capricho y antojo hacer lo que quieran los criminales gemelos, vergonzoso fruto de tu infidelidad! Siempre engañando á tu fiel esposa, recorriste alturas y valles ganoso de dar variedad á tus placeres, sin condoler de mi pobre corazón; ¡y todo hube de soportarlo! A los combates te acompañan esas hijas que tuviste de ilícitos amores, las nueve hermanas, las walkirias, y aun gracias que consideraste á tu esposa lo bastante para someterlas á su voz, sin exceptuar siquiera á tu predilecta Brunilda. Después, adoptando nombres nuevos, como Welsa, por ejemplo, anduviste por los bosques, á manera de famélico lobo, y cuando, degradándote á bajezas mayores, no te avergonzaste de dar el sér, en el seno de mísera mortal, á un par de gemelos, ahora arrojas á tu mujer á los pies de la loba! Acaba, pues; colma la medida; pisotea á tu víctima.

WOTAN (con acento tranquilo).—En vano me empearía en explicarte lo que no podrías comprender hasta que surja el hecho á la luz del día. Tú sólo entiendes aquello á que estás acostumbrada; ¡discurro yo lo que aun nunca ha sido! Oye lo que voy á decirte: es preciso que haya un héroe, que sin la ayuda de la protección divina, se sepa-

re de las leyes de los dioses; pues sólo así puede ejecutar el hecho que, por necesario que les sea, les está, como á dioses, prohibido.

FRICKA.—¡Quieres engañarme con tus profundas ideas! ¿Qué actos sublimes podrán llevar á cabo los héroes, que no puedan los dioses, si éstos son los que les ayudan para ejecutarlos?

WOTAN.—Desprecias su propio valor.

FRICKA.—¿Quién se lo dió á los mortales? ¿Quién, el fuego á su mirada? Parecen fuertes cuando están bajo tu amparo. Tú eres quien los anima. Con nuevas astucias pretendes engañarme, y evadirte con nuevos manejos; pero no te ganarás este welsa: en él te encuentro á ti, pues sólo por ti es tan arrogante.

WOTAN.—Nunca le defendió mi protección: sólo se crió, rodeado de terribles penas.

FRICKA.—Pues no le protejas hoy; quítale la espada que le diste.

WOTAN.—¡La espada!

FRICKA.—Sí, la espada, la mágica espada que has regalado á tu hijo.

WOTAN.—Segismundo se la ganó por sí mismo cuando más falta le hacía.

FRICKA.—Tú fuiste quien le puso en el caso de ganársela. ¿Quieres engañar á la que día y noche sigue tus pasos? Para él hundiste en el fresno la espada; y á él dedicaste esta defensa sublime: ¿pretendes acaso negar que sólo tu astucia le llevó á donde estaba? (Wotan hace un gesto de disgusto.) Con esclavos no pelea ningún libre, sólo éstos castigan al criminal; estoy dispuesta á luchar contra tu poder, pero Segismundo está sujeto al mío. (Wotan se vuelve, desanimado.) ¿Tiene que obedecer, tu esposa eterna, al que te pertenece y de quien tú eres dueño absoluto? ¿Acaso debo servir de oprobio á las gentes más viles, ó á los insolentes, de escarnio, ó de desprecio á los

libres? ¡Esto no puede quererlo un esposo; no ha de profanarse así á una diosa!

WOTAN (taciturno).—¿Qué exiges de mí?

FRICKA.—¡Que abandones al welsa!

WOTAN (con voz reprimida).—Haga lo que quiera.

FRICKA.—Pero no le ayudes cuando le llame el vencedor á combate.

WOTAN.—Yo... no le ayudaré.

FRICKA.—¡Mírame frente á frente y no pienses en engañarnos! aleja también de él á la walkiria.

WOTAN.—Obre ésta como quiera.

FRICKA.—¡No es eso! ella obra sólo según tu voluntad: ¡prohíbele que dé á Segismundo la victoria!

WOTAN (luchando interiormente).—¡No puedo hacerle perecer; encontré mi espada!

FRICKA.—¡Quítale su fuerza mágica; rómpesela al esclavo: indefenso le encontrará el enemigo! (Oyese el salvaje grito de la walkiria desde la altura; en seguida aparece Brunilda á caballo en la cumbre de las rocas, á mano derecha.) Aquí viene tu valiente hija: cantando se acerca.

WOTAN (entre dientes).—Yo le ordené que combatiere á favor de Segismundo.

FRICKA.—¡Cubra hoy tu escudo el sagrado honor de tu esposa! Con las burlas de los hombres y destituidos del poder, nos hundiríamos todos los dioses, si no vengase hoy mi derecho esta valerosa doncella. El welsa caerá por mi honor si me jura Wotan lo prometido.

WOTAN (muy desanimado é interiormente enfurecido, recostándose sobre un peñón).—¡Cuenta con mi juramento!

(Al reparar Brunilda en Fricka, interrumpe de pronto su canto; apéase, y guiando á su caballo de la brida por un camino entre las rocas, lo esconde en una gruta cuando Fricka, para irse á su carro, pasa por su lado).

FRICKA (á Brunilda).—¡El padre de los ejércitos te espera; vé á que te comunique sus órdenes!

(Monta en el carro y se aleja á escape).

BRUNILDA (con triste y angustiado semblante se presenta á Wotan, que sentado en una roca y apoyada la cabeza en una mano, está sumido en profunda meditación).—¡Mal me parece que acabaría la reyerta cuando salió de ella Fricka sonriendo!... ¿Qué debes decirme, padre? pareces triste y sombrío.

WOTAN (deja caer el brazo y alza la cabeza).—Me cogí en mis propias redes; ¡soy de todos el menos libre!

BRUNILDA.—Nunca te vi de este modo; ¿qué es lo que tanto te apena?

WOTAN.—¡Oh insulto á la divinidad! ¡oh injuria ignominiosa! ¡oh pena divina! ¡furia sin límites! ¡eterno dolor! ¡Soy el más desgraciado de todos!

BRUNILDA (asustada, arroja lejos de sí lanza, escudo y casco y se arrodilla á los pies de Wotan).—¡Padre! ¡padre! Dí, ¿qué te pasa? ¿por qué llenas de ansiedad á tu hija? Confíamelo todo, yo te soy siempre fiel; oye á tu angustiada Brunilda.

(Apoya la cabeza sobre las rodillas de Wotan).

WOTAN (la contempla largo rato acariciando sus rizos: luego, como despertando de profunda meditación, empieza en voz baja).—Si yo se lo digo, ¿no faltaré á mi primera voluntad?

BRUNILDA (contestando en el mismo tono).—¿De la voluntad de Wotan hablas? ¿Quién soy yo, si no tu voluntad?

WOTAN.—Lo que á nadie digo con palabras, secreto queda para siempre; cuando contigo hablo, creo hablarme á mí propio. (Con voz aun más profunda y conmovedora, conservando fija su mirada en los ojos de Brunilda.) Cuando se apagó en mí el fuego del amor, mi valor deseó el poder: impelido por esta pasión conquisté el mundo entero;

sin darme de ello cuenta, fuí infiel; con astucia me engañó Loge, que ahora me abandona. Del amor no quise separarme; amores busqué en el poder: la noche dió á luz al temeroso nibelungo; Alberto rompió la alianza maldiciendo el amor y por esta maldición obtuvo el oro y con él un poder sin límites. Con astucia le quité el anillo que forjó; pero no se lo devolví al Rhin, sino que pagué con él el precio del Walhala, el castillo levantado por los gigantes, desde cuyo sitio domino el mundo. La que sabe todo lo que en el mundo fué, Erda, me aconsejó que me desprendiese del anillo, me previno que él pondría fin á la eternidad si lo conservaba. Deseaba saber más de este fin; pero la mujer desapareció. Entonces perdí el valor que me animaba; la sabiduría es la virtud en un dios; bajé al mundo; con la magia del amor conquisté á la mujer que siempre ha sido, des hice el orgullo que le daba el saber y me dijo lo que yo quería. Ella me dió consejos, pero de mí obtuvo una prenda: la mujer más sabia del mundo dió á ti á luz, Brunilda. Te crió con ocho hermanas: por medio de vosotras, walkirias, quería alejar lo que Erda me predijo: el vergonzoso fin de los eternos dioses. Os encargué que creaseis héroes para que encontrase el enemigo poderosa resistencia; aquellos á quienes nosotros teníamos sujetos á las leyes que les dimos, á quienes limitamos el valor y que por medio de falaces convenios sujetamos á ciega obediencia, á esos debéis ahora excitar á rudo combate, para que reúna á los guerreros más esforzados en el Walhalla.

BRUNILDA.—El Walhalla llenaremos de valientes; muchos hemos llevado ya. ¿Qué te aflige, pues, si nunca hemos tardado en complacerte?

WOTAN.—Además, óyelo bien; ¡Erda me advirtió otra cosa! Nuestro fin nos amenaza por medio del ejército de Alberto: el nibelungo me profesa rencorosa envidia, pero no temo sus ejércitos noc-

turnos; mis héroes sabrán alcanzarme la victoria. Sólo si volviese el nibelungo á obtener el anillo, perdería yo Walhalla. Únicamente quien maldijo al amor, puede valerse de la fuerza mágica del anillo para saciar su envidia afrentando á todos los nobles; obligaría á los valientes á pelear contra mí y con ellos me haría la guerra. Así, pues, mi mayor deseo estriba en arrancar al enemigo el anillo. Tal vez uno de los gigantes, á quienes en recompensa de su trabajo entregué el oro maldito, guarda el tesoro por el cual mató á su hermano. A éste tendría que arrancar el anillo que yo mismo le entregué; pero no puedo luchar contra aquel con quien yo mismo cerré un contrato; sin poder alguno, sucumbiría ante él mi valor. Estos son los lazos que me atan: yo, siendo señor, me convierto en esclavo de mis promesas. Sólo un mortal podría alcanzar lo que me está vedado, un héroe á quien yo no ayudase, que extraño á los dioses, libre de su amparo, sin saberlo y sin plan ninguno, en defensa propia, sin consejo mío, ejecutase la acción que yo no puedo. ¿Dónde encontrar al enemigo y amigo que luche á favor mío y contra un dios? ¿De dónde sacar al hombre á quien yo nunca he protegido y que combatiendo en su propio favor me favoreciese á mí? ¡Oh divino oprobio! ¡oh vergonzosa pena! Los disgustos me rodean. No diviso lo que espero; ¡sólo me he creado esclavos! El libre debe obrar por su propia voluntad.

BRUNILDA.—¿Pero Segismundo el welsa no obra según su voluntad?

WOTAN.—Como un salvaje recorrí con él los bosques; le excité á batallar contra el consejo de los dioses; contra el furor de éstos le defendió sólo la espada que le dí. ¿Cómo he de querer engañarme á mí mismo? ¡Cuán fácilmente descubrió Fricka el engaño! Me adivinó hasta lo más secreto; tengo que acceder á su voluntad.

BRUNILDA.—¿Apartarás de Segismundo la victoria?

WOTAN (entregándose á la desesperación).—Dueño fuí del anillo de Alberto; codicioso, retuve el oro. Ahora me persigue la maldición. He de abandonar lo que amo, inmolar lo que quiero, engañar á quien en mí se fía. Lejos, pues, de mí, altivo esplendor y divina magnificencia! ¡Húndase cuánto creé! Concluída está mi obra, sólo una cosa quiero aún, el fin... el fin... (se pára' pensativo) y del fin se cuida Alberto! Ahora comprendo el mudo significado de las atroces palabras de Erda: «Cuando el nocturno enemigo del amor en su furor engendre un hijo, cercano estará el fin de la divinidad.» Oí, que el enano domina á una mujer cuyos favores alcanzó con el oro. Una mujer esconde el fruto del odio; la fuerza de la envidia se revuelve en sus extrañas; ese prodigio ha logrado el que maldijo el amor, y yo siempre lo adoré nunca he creado al libre que combata por mí. (Enfurecido.) ¡Recibe, pues, mi bendición, hijo del nibelungo! ¡Lo que yo más odio y más aborrezco, la pompa vana de la divinidad, te lego en herencia; que tu envidia la roa con ansia voraz!

BRUNILDA (asustada).—Oh dime, ¿qué será pues de tu hija?

WOTAN (amargamente).—Pelea leal por Fricka. Defiende su honor y sus juramentos. Apruebo su decisión. ¿Qué puede contra ella mi propia voluntad? No logré obtener un defensor libre; combate, pues, á favor de los esclavos de Fricka.

BRUNILDA.—¡Oh dolor! Retira, arrepentido, la palabra. Tú amas á Segismundo; por lo que te quiero, protegeré al welsa.

WOTAN.—Debes derrotar á Segismundo y dar á Hunding la victoria. Pon cuidado y pelea sin esfuerzo; despliega en el combate todo tu valor. Segismundo lleva una espada victoriosa. No caerá sin resistir.

BRUNILDA.—Nunca me obligará tu inconstante palabra á combatir contra aquel á quien me enseñaste á amar y que por sus esclarecidas virtudes te es tan caro.

WOTAN.—¡Ah, atrevida! ¿me ultrajas? ¿quién eres tú, sino una walkiria sujeta á mi voluntad? ¿Al consultar contigo me rebajé tanto que soy escarnio de mis propias criaturas? ¿No conoces, hija, mi cólera? ¡Desespera de tu valor cuando aplastándote caiga sobre ti! En mi pecho guardo la cólera que en terror y desolación hundirían al mundo que un tiempo me sonrió. ¡Desgraciado de aquel á quien alcance! ¡Tan sólo desgracias le acarrearía su temeridad! Por esto te aconsejo que no me excites, haz lo que te ordeno: ¡rinde á Segismundo! Sea esta la obra de la walkiria.

(Con precipitado paso desaparece por el lado izquierdo, en el monte).

BRUNILDA (permanece largo tiempo aturdida y asustada).—¡Nunca vi tan encolerizado al padre de las victorias, ni en el ardor de la disputa! (Recoge y vuelve á ceñirse las armas). ¡Cuánto me pesan las armas! ¡Cuán ligeras me fueron cuando me batí con gusto! ¡Con cuánta inquietud parto hoy á esa batalla ruín! ¡Oh dolor, mi welsa! ¡En tu peligro mayor tengo que serte infiel!

(Se vuelve y percibe á Segismundo y Sigelinda subiendo el desfiladero; observa un momento á los que se acercan y se va luego á la cueva donde está su caballo).

(Salen Segismundo y Sigelinda; ésta corriendo; él intenta detenerla).

SEGISMUNDO.—Detente aquí, descansa.

SIGELINDA.—¡Adelante, adelante!

SEGISMUNDO (la coge dulcemente).—¡No más lejos ya, esposa querida! La dicha del amor te anima, y andas tan deprisa que apenas puedo seguir-

te; sin pronunciar una palabra atraviesas bosque y pradera, y no pude detenerte. (Mira fija y ávidamente delante de sí.) Descansa, pues; habla conmigo, disipa la angustia que tu silencio me causa! Atiende; ¡tu hermano te sostiene, tu Segismundo te acompaña!

(La lleva, sin que ella lo advierta, al asiento de piedra).

SIGELINDA (contempla absorta á Segismundo con creciente embeleso; luego apasionada se abraza á su cuello. Al fin se levanta asustada, mientras Segismundo la tiene cogida).—¡Vete! ¡Vete! ¡huye de la mujer profana! Manchado está el brazo que te estrecha; deshonorado mi cuerpo. ¡Aléjate del cadáver, suéltalo! ¡Deja que se lleve el viento á la que deshonorada se entregó á ti, el hombre más noble que existe! Cuando la estrechó amorosa, porque adoraba á aquel hombre que despertó en ella amor, aun en medio de las más gratas alegrías, de aquella dicha encantadora, horror y espanto invadieron su alma; porque había obedecido á un hombre que sin amarla la retenía. ¡Suelta á esa maldita, deja que huya de ti; soy una mujer despreciable é infame! Suéltame, que soy indigna de un hombre tan puro; si nunca he de ser tuya, suéltame; sólo puedo ser causa de ignominia y vergüenza para ti.

SEGISMUNDO.—Pagaré con su sangre el criminal; no temas, espera al enemigo; aquí ha de caer en mi poder; cuando hincue la espada en su corazón, ¡estarás vengada!

SIGELINDA (se asusta y escucha).—¿Oyes? ¿Oyes el sonido del cuerno que llama á la pelea? Gritos furiosos resuenan á nuestro alrededor y se esparcen retumbando por el bosque y la campiña. Hundiendo despierta de su sueño profundo; llama á las tribus y á los perros: los excita á que aullando pidan al cielo venganza para los perjuros! (Ríe como loca; luego, de pronto, se sobrecoge asustada.) Segismundo, ¿dónde estás? ¿te veo aún? ¡Her-

mano querido! Deja que vea una vez más siquiera, brillar las estrellas de tus ojos; ¡no rechaces el beso de la mujer perdida! ¡Oye! ¡Escucha! Ese es el sonar de Hunding. Sus jaurías se acercan armadas de formidables colmillos. ¡Ninguna espada sirve contra estas manadas de perros feroces, tírala, Segismundo!... Segismundo, ¿dónde estás? ¡Ah! allí, ya te veo. ¡Qué repugnantes cabezas!... Los dientes rechinan buscando carne; no respetan tu noble mirada; aquellas formidables quijadas te cogen por los pies... caes... la espada se te hace pedazos... el fresno cae... se quiebra el tronco!... ¡Hermano! ¡hermano mío!... Segismundo... ¡ah!...

SEGISMUNDO.—¡Hermana! ¡querida mía!
(Escucha su respiración y advierte que aún vive. La deja que vaya poco á poco resbalando, de modo que al sentarse descansa su cabeza sobre su falda. En esta postura se quedan ambos hasta el final de la escena siguiente.—Largo silencio, durante el cual Segismundo se inclina con cariñosa solicitud hacia Sigelinda y posa sobre su frente un largo beso.—En esto, Brunilda ha salido despacio y solemnemente de la gruta, teniendo de la brida á su caballo, y se para á poca distancia junto á Segismundo. Lleva en una mano espada y escudo, y con la otra se apoya en el caballo, y observa así, durante un rato, silenciosa y pensativa, á Segismundo).

BRUNILDA.—¡Segismundo! ¡Levanta hacia mí la mirada! Soy yo, á quien seguirás bien pronto.

SEGISMUNDO (mirándola).—¿Quién eres, dí, que tan hermosa y severa me pareces?

BRUNILDA.—Sólo me ven los que están condenados á muerte. En el combate tan sólo á los valientes aparezco: escojo para mí á quien me percibe.

SEGISMUNDO (la mira un rato fijamente, baja luego pensativo la cabeza y se dirige al fin otra vez

á ella, con gravedad).—¿A dónde conduces al héroe que te sigue?

BRUNILDA.—Te conduciré al padre de las batallas que te ha escogido para sí; te llevaré á Walhalla.

SEGISMUNDO.—¿Encontraré sólo allí al padre de las batallas?

BRUNILDA.—Las almas de infinidad de héroes muertos te recibirán con júbilo.

SEGISMUNDO.—¿Veré allí á Welsa mi padre?

BRUNILDA.—Allí estará.

SEGISMUNDO.—¿Habrás en Walhalla una mujer que cariñosa me reciba?

BRUNILDA.—Las hay hermosísimas: la hija de Wotan te presentará la copa.

SEGISMUNDO.—Eres sublime: veo en ti á la hija sagrada de Wotan. Contesta á esta última pregunta: ¿acompañará al hermano la prometida hermana? ¿abrazará allí Segismundo á Sigelinda?

BRUNILDA.—Mucho tiempo debe respirar todavía aire de la tierra: ¡Sigelinda no verá allí á Segismundo!

SEGISMUNDO.—Pues saluda á Walhalla de mi parte, saluda á Wotan, al Welsa y á todos los héroes; saluda también á las niñas cariñosas: yo no te sigo.

BRUNILDA.—¡Viste la abrasadora mirada de la walkiria y tendrás que seguirla!

SEGISMUNDO.—Donde esté Sigelinda, en penas ó aalegrías estará también Segismundo. Aun no me dió la muerte tu mirada: ¡nunca me obligará á que no me quede!

BRUNILDA.—Mientras vivas, nada te obligará; pero la suerte te forzará á ello. Para anunciártela he venido aquí.

SEGISMUNDO.—¿Dónde está el héroe que tiene que vencerme?

BRUNILDA.—Hunding te matará en el combate.

SEGISMUNDO.—¡Amenázame con contrarios más

fuertes que Hunding! Si quieres llevarte un héroe, escoge al que espero vencer en el combate.

BRUNILDA (meneando la cabeza).—¡Oyeme bien! A ti, welsa, te ha escogido ya el destino.

SEGISMUNDO.—¿Conoces esta espada? el que me la dió, me dió con ella la victoria: ¡á tus amenazas hago con ella frente!

BRUNILDA (levantando mucho la voz).—¡El que te la dió te condena ahora á muerte: le quita á la espada su poder!

SEGISMUNDO (con pasión).—¡Calla y no asustes á la que duerme! (Se dobla hacia ella con cariño sin poder ocultar su dolor.) ¡Oh dolor! ¡oh tú, mujer adorada! ¡la más desgraciada de todas las fieles! ¡Contra ti pelea en armas el mundo entero, y yo, el único en quien tienes puesta tu confianza, no puedo ampararte con mi brazo! ¿A ti la más decidida, he de abandonarte en medio de la lucha? ¡Vergüenza para quien me dió la espada, ya que en lugar de concederme la victoria me condena al oprobio! ¡Si sucumbo en el combate, no quiero que me lleven á Walhalla! ¡sosténme cuando muera!

BRUNILDA (conmovida).—¿Tan poco te importan las delicias eternas? ¿lo es todo para ti esta mujer que cansada y desfallecida sostienes en tus rodillas? ¿no hay para ti nada más sublime?

SEGISMUNDO (mirando á Brunilda).—¡Cuán joven y hermosa te yergues delante de mí; pero cuán dura y fría te siente mi corazón! ¡Si tan sólo para despreciarme estás aquí, vete, mujer cruel! Mas si quieres apacentarte en mi dolor y que regocije mi pena tu corazón envidioso, ¡sólo te pido que no me hables de las groseras delicias de Walhalla!

BRUNILDA (muy conmovida).—Veo el dolor que te traspasa el corazón; siento el pesar que aflige al héroe. ¡Segismundo, confíame tu mujer; yo la protegeré!

SEGISMUNDO.—Nadie más que yo la ha de tocar.

¡Si ha de morir, la mataré antes yo mismo, ahora que no siente nada!

BRUNILDA.—Escucha, ¡deliras! ¡por el fruto que lleva de tu amor, encomiéndame á tu mujer!

SEGISMUNDO (tirando de la espada).—¡Esta espada que dió un traidor á un fiel; esta espada, que me hace traición, ya que no sirve para el enemigo, sirva para tu propio amigo! (Blandiéndola sobre Sigelinda.) Dos vidas aquí te sonríen: ¡tómalas, Nothung, espada envidiosa! ¡córtalas de un solo golpe!

BRUNILDA (en un arranque de compasión).—¡Demente, welsa! ¡Siga viviendo Sigelinda y Segismundo con ella! resuelto está; yo trueco la suerte del combate: á ti, Segismundo, doy la victoria y la felicidad. (Se oye á lo lejos el sonar de las bocinas.) ¿Oyes el toque de llamada? ¡prepárate pues! ¡fiate en la espada y combate con confianza: ¡fiel te será y con ella la ayuda de la walkiria! ¡En el combate volveremos á vernos!

(Se va precipitada y desaparece con el caballo por un desfiladero de la derecha. Segismundo la mira alegre y animado. Poco á poco ha ido obscureciendo, y densas nubes de tempestad bajan por el fondo y cubren los montes, el desfiladero y la cumbre de las rocas. De todos lados se oyen las llamadas de los ejércitos que durante lo siguiente van oyéndose más cerca.)

SEGISMUNDO (inclinándose hacia Sigelinda).—Con mágica fuerza domina un sueño sus penas y su dolor. ¿Sería la walkiria quien al acercarse le proporcionó este dulce consuelo? ¿No puede, acaso, asustar una batalla semejante á una mujer llena de penas? Parece muerta, pero aun vive: á la infeliz la acaricia tal vez algún sueño agradable. (Nuevos toques de bocina.) Sigue durmiendo hasta concluir la batalla y sonríate la paz. (La tiende suavemente sobre la roca, la besa en la frente y se va después de volver á sonar las bocinas.) Pre-